



María Moliner. Retrato íntimo de una heroína (La bibliotecaria que cultivaba palabras)

*María Moliner. Intimate portrait of a heroine
(The librarian who grew words)*

■ Inmaculada de la Fuente*

Resumen

María Moliner (1900-1981) fue una figura clave del siglo XX español. Perteneció al grupo de mujeres pioneras que fue a la Universidad, dedicando la primera parte de su vida al desarrollo de las bibliotecas públicas. A los 51 años comenzó su gran obra filológica: *Diccionario de Uso del Español*, un trabajo singular realizado con tesón y precisión.

Palabras clave

María Moliner (1900-1981). *Diccionario de Uso del Español*. Real Academia Española.

Abstract

María Moliner (1900-1981) was a key figure of the Spanish twentieth century. She was also one of the pioneer women in attending University and dedicated the first part of her life to the development of public libraries. At 51 she began her great philological work: *Diccionario de Uso del español*, a singular work carried out with both tenacity and accuracy.

* La autora es periodista, escritora y licenciada en Historia Moderna y Contemporánea, ejerce el periodismo desde 1977. En 1985 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo en la modalidad de Reportajes y Artículos literarios. Recientemente, ha publicado *El exilio interior. La vida de María Moliner* (Ediciones Turner, S.A., 2011).

Key words

María Moliner (1900-1981). Diccionario de Uso del Español. Real Academia Española.

■ María Moliner dedicó quince años a elaborar el *Diccionario de Uso del Español* (DUE), una actividad agotadora que llegó a fundirse con su propia vida. No es fácil delimitar la frontera entre esa dedicación que llenaba literalmente su día a día y su propia existencia. La necesidad de hacer, además de ser —de ser, ante todo, ella misma— la había acompañado desde muy joven. Ser y hacer. Mientras redactaba las fichas y organizaba las palabras del Diccionario, cubría plenamente esa necesidad. Investigaba, reflexionaba y decidía. Eso era lo que la hacía feliz en aquellos años que abarcan desde 1951 a 1966. Años de exilio interior, pero de fecunda creatividad. Gabriel García Márquez publicó en *El País* en febrero de 1981, poco después de la muerte de la lexicógrafa, un artículo que ha dado ya la vuelta al mundo: «Escribió sola, en su casa, con su propia mano, el diccionario más completo, más útil, más acucioso y más divertido de la lengua castellana».

No estaba aislada del mundo. Apartada sí, pero conectada igualmente con aquellos futuros usuarios que acabarían llamando a su obra «el María Moliner». Desde su sillón, en su propio hogar y apoyada en la mesa del comedor, ya que el único despacho de la casa era para su marido, María Moliner trabajaba para sus futuros lectores. Al proyectar su obra, en torno a 1951, pensó sobre todo en los extranjeros que aprendían español y de ahí nació su sistema de reunir las palabras por familias, a fin de ofrecer una visión global de cada vocablo. Pero terminó escribiendo el Diccionario que ella hubiera querido utilizar, el que echó de menos como universitaria primero y luego como bibliotecaria.

La idea de hacer un Diccionario venía de lejos, aunque fuera un tanto secreta. Lo había comentado ya en los años treinta del siglo pasado, cuando María Moliner luchaba por crear bibliotecas rurales y se involucraba en proyectos educativos como la Escuela Cossío de Valencia, donde residía. Alguien de su entorno la oyó decir que hacía falta un Diccionario más útil y claro que el de la Real Academia Española (RAE). Ella misma lo haría... si tuviera tiempo, porque en esos años no podía. El de la RAE le parecía demasiado frío y arcano. Lo conocía bien porque de universitaria había trabajado en el Estudio de Filología de Aragón (EFA), un organismo dirigido por Juan Moneva cuya misión era reunir y clasificar las voces locales para un futuro diccionario de Aragón. En paralelo, Moneva, académico correspondiente de la RAE por Aragón, abordó la revisión de la edición de 1914 del *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) con el fin de añadir los aragonesismos ya contrastados en una posterior edición. Una empresa en la que colaboraron Moliner y otros universitarios que trabajaban para el EFA redactando fichas de las nuevas voces. Un trabajo que implicaba consultar desde el principio al final el DRAE. Así que tenía razones para pensar que se necesitaba un Diccionario útil y no



FIGURA 1.—Retrato de juventud de María Moliner (cortesía de la autora y la familia Moliner).

meramente normativo. A más de uno se le podría haber ocurrido, pero solo alguien como ella, obstinada y decidida, fue capaz de llevar a cabo finalmente aquella antigua idea.

La determinación y la superación de las dificultades fueron elementos decisivos en la trayectoria de María Moliner. Tenía doce años cuando su padre, médico enrolado en la Marina, decidió quedarse en América tras un segundo viaje al continente, en vez de regresar a Madrid con su familia. Desde entonces, la joven Moliner aprendió a ser autosuficiente dando clases particulares. Su objetivo era estudiar una carrera e independizarse, sin dejar de ayudar a su madre dentro de sus posibilidades. Al acabar Filosofía y Letras decidió hacer oposiciones al prestigioso Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Sus primeros destinos, en Simancas y Murcia, fueron en calidad de archivera, aunque su afán era trabajar de bibliotecaria. En Murcia, sin embargo, fue la primera mujer que consiguió un puesto de profesora auxiliar en la facultad de Filosofía y Letras.

Los espléndidos años treinta

Al inicio de los años treinta, María Moliner pidió que la destinaran a Valencia para instalarse allí con sus hijos mayores y su marido, Fernando Ramón y Ferrando, con el que había contraído matrimonio en 1925. Fernando Ramón y Ferrando, catedrático de Física, había obtenido plaza en la universidad valenciana y Moliner facilitó a sus superiores su propio traslado al acceder al Archivo provincial de Hacienda en la capital del Turia, un puesto similar al que tenía en Murcia. Meses después, sin embargo, al enterarse de que iba a producirse una vacante en la Biblioteca Provincial de Valencia, solicita el traslado. Y lo hace con vehemencia.

Además de realizar la petición por los cauces reglamentarios, escribe una carta personal a Ricardo de Orueta, director general de Bellas Artes. Un gesto osado que acompaña de una tarjeta de su marido en la que el catedrático de Física recuerda a Ricardo de Orueta un anterior encuentro y le anuncia que quien le escribe es su esposa. En la carta a su superior, Moliner explica que lleva ya muchos años trabajando en archivos de Hacienda, «siempre con el natural desagrado por tratarse de establecimientos en los que la índole puramente administrativa de los fondos hace que sea nulo el entusiasmo por el trabajo». Sin hipocresía ni falsa modestia, argumenta lo decisivo que es para una mujer trabajar en lo que le gusta y hace bien, ya que a un hombre le resulta más fácil dedicar su tiempo sobrante fuera del trabajo a su vocación en caso de que no pueda desarrollarla en su empeño profesional. En el caso de una mujer «ya es bastante que pueda sustraer a las atenciones familiares, sobre todo en el periodo en que las obligaciones de la maternidad son más absorbentes, las horas que ha de dedicar a su cargo oficial». Es por tanto más sensible a que el trabajo «sea tan árido y falto de espiritualidad, cuando ella tiene capacidad de entusiasmo por su labor y una vocación demostrada en la práctica de una determinada preparación», añade. Una formación, concluye, «con la que, en realidad, no guarda relación alguna el servicio a prestar en

un archivo de Hacienda. Preparación, en cuanto a mí, que yo he procurado perfeccionar, dedicándome, por ejemplo, al estudio del alemán, que traduzco correctamente». Naturalmente, Moliner no pedía nada que se saliera del procedimiento legal, pero sí que su superior tuviera en cuenta su necesidad de dejar el Archivo de Hacienda para emplearse en actividades bibliotecarias. En definitiva parecía apelar de manera anticipada por algo parecido a una discriminación positiva en igualdad de condiciones. Algo bastante insólito en la época.

Es difícil medir el efecto que produjo esta carta, pero la realidad es que no obtuvo la ansiada plaza. De cualquier modo, la funcionaria Moliner iba a encontrar en otro lugar la oportunidad que tanto había perseguido. A través de las Misiones Pedagógicas, creadas en 1931 bajo la inspiración de Manuel Bartolomé Cossío, el más cercano colaborador de Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza, se embarcó en una actividad paralela a su trabajo oficial: crear bibliotecas, sembrar las escuelas de libros, llevar la lectura a la población rural. Ese era el espíritu reformista de la Segunda República; el espíritu que María Moliner había heredado de su breve paso de niña por la Institución Libre de Enseñanza. Y a través del «señor Cossío», su confidente y padre intelectual.

Su pasión por la educación y la difusión de la lectura la llevó a desarrollar una red de 105 bibliotecas rurales. E incluso a crear un nuevo modelo que denominó Biblioteca-Escuela: además de actuar como matriz de las rurales, debía de formar a los futuros maestros en técnicas bibliotecarias. Una experiencia que volcó en el II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía que se celebró en Madrid en 1935. Un año de actividad torrencial que llevó a cabo bajo el paraguas de las Misiones Pedagógicas mientras mantenía su puesto oficial en el Archivo de Hacienda.

Sin duda, su labor en esas Misiones y su afinidad con el grupo de matrimonios de ideas liberales con los que fundó la Escuela Cossío cambiaron su perfil profesional. En julio del 36, en los días aciagos en que se produjo el golpe militar contra el Gobierno republicano que desencadenó la Guerra Civil, el rector de la universidad valenciana, José Puche, nombró a Moliner directora de la Biblioteca Universitaria. Una institución que englobaba a las de todas las facultades y a la biblioteca provincial a la que había aspirado años atrás. Por fin no tenía que dividirse entre el trabajo oficial y el vocacional, ya que ambos confluían. Lo paradójico es que este logro se produjera en medio del escenario bélico.

Iniciada la contienda y amenazada Madrid por los insurgentes, el Gobierno se trasladó a Valencia. La vecindad entre los responsables de Bellas Artes y la Universidad propició que María Moliner asumiera nuevas responsabilidades, entre ellas la dirección de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional. Trabajadora tenaz, diseñó en ese periodo un proyecto para reordenar el sistema bibliotecario y coordinar los fondos existentes. Unas ideas que desarrolló en un folleto que se publicó en 1937 bajo el título de *Plan para una Organización de las Bibliotecas del Estado*. Conocido como el *Plan María Moliner*, empezó a aplicarse en las bibliotecas escolares, quedando el resto pendiente para cuando acabara la guerra. Lamentablemente, la reforma emprendida quedó abandonada en un cajón tras la victoria franquista.

En aquellos años la bibliotecaria trabajaba como si no hubiera guerra. Su objetivo era poner los cimientos para que no escasearan los libros cuando llegara la paz. Sin embargo, todo se desmoronó con la derrota republicana. La victoria franquista acabó con su vida anterior —al igual que la de su marido, decano de Físicas—, pero pasado el primer momento de perplejidad, Moliner trató de adaptarse a su nueva situación. Y volvió a su puesto del Archivo de la Delegación de Hacienda, su puesto oficial tras ser destituida de sus anteriores responsabilidades.

Depurada, postergada 18 puestos en el escalafón e inhabilitada para cargos de confianza, cerró el capítulo valenciano y regresó a Madrid en 1946 para hacerse cargo de la biblioteca de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Allí, rodeada de plantas y de fichas y recluida en un pequeño despacho anejo a la biblioteca, permaneció 24 años. Y allí se llevó más de una vez sus famosas fichas de lexicógrafa para proseguir su tarea en los ratos libres. Ya no podía vivir sin aquellas fichas. Se encontraban por decenas en su casa, bien fuera en una cómoda, en el cajón de los calcetines o guardadas en una caja de zapatos. Siempre a mano para ser consultadas o revisadas.

La aventura del Diccionario

No en vano al menguar su labor bibliotecaria, creció la envergadura de su investigación filológica. «Había un punto, el de la tarde, en que realmente me sentía vacía», confesó al explicar el porqué de su dedicación. «Sentía que algo me faltaba y entonces me puse a trabajar en el diccionario con todo entusiasmo», añadió. No hay que olvidar que esas tardes libres —la jornada en la biblioteca se centraba en las mañanas— constituían su jardín secreto. Su marido estaba destinado en Salamanca y el hijo mayor, Enrique, estudiaba Medicina en esa universidad para acompañar al padre. Fernando y Carmina, los hijos medianos, seguían con ella, pero estaban ya en la Universidad y, solo el menor, Pedro, necesitaba aún de sus cuidados. Poco amiga de cocinar, la lexicógrafa contaba con ayuda doméstica y, aunque seguía zurciendo calcetines, como era habitual en la posguerra, tenía tiempo. Era lógico que buscara el modo de proyectarse en él y de hacer algo distinto, una obra propia. Un Diccionario que por su carácter técnico no pudiera ser cuestionado por la Dictadura.

La publicación del Diccionario, entre 1966 (el primer tomo) y 1967 (el segundo), supuso el fin de su exilio interior. Empezaba su resurrección. Eran los últimos años del franquismo y se comenzaba a hablar tímidamente de libertad. Elogiada por su obra, que algunos calificaron de «monumental», Moliner hasta *olvidó* quién había sido antes de escribir el DUE. Al presentar su candidatura a la RAE, en 1972, solo alegó: «Mi obra es limpiamente el Diccionario». Se sentía orgullosa de su obra y así se lo reconoció a Santiago Castelo en una entrevista:

«Si yo me pongo a pensar en mi diccionario me acomete algo de presunción. Es un diccionario único en el mundo (...) Aparte de las definiciones, cada palabra trae un

catálogo y con él vienen las palabras, tanto usuales como no, que equivalen a aquellas. Es un diccionario principalmente para escritores».

No en vano, el DUE se convirtió muy pronto en el diccionario de cabecera de escritores, periodistas, traductores y estudiantes. Sus definiciones y matices cautivaban. «Lo que diga el Moliner va a misa», reconocieron los traductores. Además de acabar con los círculos viciosos que remitían de una voz a otra sin explicarla en los viejos diccionarios, la autora había asumido el riesgo de realizar definiciones de nueva planta partiendo del DRAE. Una tarea que incumbía a los académicos y que al haberla afrontado ella, contribuyó a que su Diccionario pudiera medirse con el de la RAE. A través de lo que la lexicógrafa denominó «catálogo de palabras», un sistema propio y en buena parte subjetivo, el usuario podía encontrar las expresiones afines o relacionadas de una manera accesible. Como dicen los expertos, María Moliner elaboró un diccionario a la vez *descodificador* y *codificado*, puesto que sirve para entender y para decir. El filólogo José Álvaro Porto Dapena lo calificó acertadamente de «reversible», ya que permite interpretar una palabra y llegar a la idea y el proceso contrario: ir desde la idea a la expresión adecuada.

Por si fuera poco, el DUE incluye orientaciones sobre el uso correcto de las palabras y aclaraciones gramaticales de tipo práctico. No cabe duda de que la lexicógrafa se excedió: el suyo es mucho más que un Diccionario. Es el último diccionario de «autor». Toda una organización de palabras jerarquizadas e interrelacionadas a imagen y semejanza de la capacidad lógica de María Moliner.

Una objeción habitual que se le hace a Moliner es que no era filóloga de formación, una especialidad que no se podía cursar en la facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza donde estudió, por lo que optó por licenciarse en Geografía e Historia. Sin embargo, la lexicógrafa había suplido esta laguna formándose a través del EFA o analizando las estructuras lingüísticas de otros idiomas, como el alemán y el inglés, que había estudiado. Todo ello muchos años antes de que iniciara la aventura del Diccionario. ¿Por qué lo hizo? Probablemente, porque como afirmó uno de sus editores de Gredos, Julio Calonge, «le bailaban las palabras. Tenía alma de lingüista».

Dámaso Alonso fue el primero en revalidar su obra al llevar lo que en un principio solo eran unas fichas perfectamente elaboradas, a la editorial Gredos. El consejo editorial discutió con vehemencia aquel proyecto insólito: vislumbró que era una obra de aliento y de gran envergadura no exenta de riesgo y de composición compleja, pero no quiso perder el éxito que se agazapaba bajo aquella presentación artesana. Y el contrato se firmó en 1955. Aunque el proceso solo se completó hasta 1966, con Moliner exhausta.

El Diccionario tuvo decenas de reimpressiones, la primera de ellas de 5.000 ejemplares. Un antiguo colaborador opina que representó «una mina de oro» tanto para la editorial como en derechos de autor. Para las mujeres cultas y universitarias fue, además, un revulsivo que removió viejas aspiraciones. Buena parte de las coetáneas de Moliner habían sido aplastadas por la dictadura o sencillamente habían tratado de sobrevivir. Pero



FIGURA 2.—María Moliner trabajando en el Diccionario (cortesía de la autora y la familia Moliner).

se había iniciado ya cierto relevo generacional y las jóvenes que no habían conocido los años de plomo del franquismo no se resignaban a perder derechos. Más posibilistas que sus madres, aprendieron a moverse por los vericuetos del sistema, aunque no se identificaran con el modelo femenino imperante. Para unas y otras, el logro de María Moliner supuso un acicate. Y un símbolo para las intelectuales próximas a Soledad Ortega y a Mujeres Universitarias —organización que contaba con Moliner como asociada, aunque sin cargos—. Esta asociación dedicada a fines culturales aglutinaba a antiguas republicanas afines a la Institución Libre de Enseñanza y a alguna veterana comunista del campo de la cultura como Carmen Caamaño, recién salida de la cárcel. La publicación del Diccionario tampoco pasó inadvertida a las profesionales del Derecho, lideradas por María Telo, que trataban de arrancar reformas a un Régimen en que la supremacía del varón estaba sancionada por la ley. Y, del mismo modo, fue celebrado con entusiasmo en el mundo universitario y en el entorno del Seminario de Estudios Sociológicos sobre la Mujer, fundado en 1960 por María Laffite, condesa de Campo-Alange, con María Salas Larrazábal, Lili Álvarez y Elena Catena.

Eran tiempos de pasos imperceptibles en los que los cambios culturales y sociológicos alentaban la llegada de las futuras libertades. Eso explica que para la prensa, y en especial para columnistas como Josefina Carabias, la autora del DUE pasara a ser un referente moral.

María Moliner no era ajena al impacto provocado por su Diccionario. En 1971 la obra se agotó sin que hubiera dado tiempo a reponer existencias. Inquieta, la autora escribió una carta a José Oliveira, el editor que se encargaba de los asuntos administrativos, apremiándole a solucionar el problema:

«¿Pero qué pasa con el Diccionario? Recibo una carta de mi sobrina Emilia Moliner diciéndome que [lo] tienen pedido en su oficina de la ONU (Ginebra) y que les han contestado que está agotado. ¿Todavía estamos así? Les ruego lo envíen tan pronto sea posible».

La autora vigilaba de cerca su obra. Si alguna vez soñó que una vez publicado el Diccionario se tomaría un descanso y dejaría de redactar fichas, pronto comprobaría que se trataba de un espejismo. La lexicógrafa seguía recortando artículos de prensa —en general de su periódico habitual, el *Ya*— y anotaba palabras nuevas para la segunda edición.

Al comienzo de la década de los setenta del siglo XX, sin embargo, su escenario familiar había cambiado: ya no tenía que ocuparse de sus hijos, pero sí de su marido, que, tras años de dar clases en la universidad Salamanca, se había jubilado. Depurado, como su esposa, Fernando Ramón y Ferrando había perdido su cátedra tras la victoria franquista y había sido desterrado un tiempo en Murcia para ser finalmente repuesto, pero en Salamanca. Este destino influyó de forma determinante en que Moliner pidiera también su traslado de Valencia a Madrid en 1946. De ese modo, comentaba a sus amigas, lo tenía más cerca. Pero al pernoctar él durante el curso en un colegio mayor de la universidad salmantina, coincidían prácticamente solo los fines de semana y en vacaciones. Con razón, la lexicógrafa recordaba que inició su proyecto de Diccionario

«estando yo solita una tarde...». Fue entonces cuando le invadió «la melancolía de las energías no aprovechadas», resorte que le llevó al Diccionario.

Pero, una vez jubilado, Fernando Ramón permanecía en casa a diario, estudiando temas de su especialidad o tocando el piano. Era una presencia discreta, pero Moliner ya no disponía de las horas a su antojo. En sus inicios, su marido había apoyado su dedicación al Diccionario y había comprobado, además, cómo aquel había consumido parte de sus energías, pero confiaba en que no habría segundas partes. Vana esperanza, en tanto que Moliner ya no podía prescindir de su pasión por las palabras. Como lexicógrafa, además, necesitaba estar al día y actualizar una obra que había tenido tanta repercusión. La situación se le complicó aún más a la estudiosa cuando su marido enfermó, fue operado de la vista y la intervención no dio resultado. Como escribió por entonces a Carmen Conde, que le había propuesto que accediera a ser entrevistada en televisión, no tenía más remedio que aplazar su aparición en el programa en tanto que su marido, recién operado, necesitara toda su atención.

Lo que no aplazaba era la revisión del primer tomo de cara a la Segunda edición. Hipólito Escolar, el cuarto socio fundador de Gredos, narró en *Gente del libro* que en esos años Moliner solía conversar con él cuando pasaba por la editorial. El editor rememora en sus memorias que a Moliner le gustaba hablar de su etapa valenciana, su paso por Misiones Pedagógicas y su reforma bibliotecaria. «Habíamos elaborado con ilusión un sistema de bibliotecas que en la paz resolviera los problemas de acceso al libro a todos y no solo a un sector minoritario de la población. Pero, ya ve Vd., ganaron los otros y nuestro trabajo es una pieza arqueológica», le comentó la lexicógrafa. Hipólito Escolar menciona en estas memorias las dificultades que tenía Moliner en esos años en los que su marido estaba prácticamente ciego para seguir con su labor filológica. «Le contrariaba que siguiera trabajando en el diccionario, y aunque procuraba llevar su tarea silenciosamente, él advertía el ruido de las fichas y le gritaba», relata Escolar. «Sentía un gran amor por él, que en su juventud debió de ser también admiración intelectual, porque era un joven científico al que esperaba una gran carrera académica», prosigue Escolar. En su opinión, la enfermedad y las decepciones sufridas por la dictadura, le impedían a él valorar el trabajo «realmente extraordinario de su mujer». De cualquier modo, la propia Moliner era consciente de que su marido, unos años mayor que ella, se encontraba ya cerrando caminos y deseoso de descanso, mientras ella apuraba su tiempo para no abandonar su obra.

La fallida entrada en la Real Academia Española

Su candidatura a la RAE llegó en este tiempo crucial. Rafael Lapesa, junto a Pedro Laín Entralgo y Carlos Martínez-Campos, duque de la Torre fueron los académicos que la avalaron en 1972 para que ocupara el sillón B, vacante tras la muerte de Narciso Alonso Cortés. Pero no todos estaban conformes con que Moliner entrara, lo que supondría de facto, el fin del secular veto a la mujer. Uno de los académicos más

influyentes en aquellos años, Camilo José Cela, amigo de Lapesa, le había manifestado a este ya en 1970 que había que esperar a tiempos de «menos barullo» para que se incorporase la primera mujer, en alusión a María Moliner. El barullo continuaba en 1972, pues no eran pocos los intereses que entraban en juego al elegir o rechazar a un candidato. Sin embargo, existía también un movimiento favorable a la candidatura de la lexicógrafa en la opinión pública más abierta, alimentado por mujeres como Carmen Conde, Carmen Llorca, Josefina Carabias y Carmen Bravo-Villasante, entre otras. Carabias, sin embargo, en seguida denunció en su columna del *Ya* las maniobras de algunos académicos para cerrarla el paso:

«Ha bastado un tímido anuncio de esta candidatura para que empiecen a lanzarse gruesos y potentes torpedos —más o menos camuflados— contra algo que todavía no es más que un frágil barquichuelo de papel. (...) Con esto quiero dar a entender que si doña María Moliner fuera un hombre, estaría en la Academia hace ya tiempo. Por eso, para torpedear su candidatura, no hay más remedio que resucitar la vieja cuestión de si la Real Academia debe o no debe, puede o no puede, quiere o no quiere, que entren mujeres a formar parte de ella».

La RAE, en realidad, llevaba siglos cerrando sus puertas a las mujeres. En 1853, ante la petición de ingreso de Gertrudis Gómez de Avellaneda, los académicos decidieron oponerse como «medida general» a que entraran las mujeres en vez de pronunciarse sobre el ingreso de la escritora. Décadas después, Emilia Pardo Bazán quiso comprobar si el veto estaba vigente y se postuló para entrar en tres ocasiones, la última en 1912. Fue rechazada, pero esta vez achacaron la negativa a que era ella la que se presentaba, y no la Academia, como era preceptivo.

Naturalmente, en 1972, el escenario había cambiado. María Moliner había sido propuesta por tres significados académicos. Sin embargo, en el inconsciente colectivo subyacía el pacto misógino. Si era arduo repartir los sillones vacantes entre los varones que lo merecían, la entrada de una mujer —y de alguna más en el futuro— añadiría más dificultades.

Alonso Zamora Vicente, académico y autor de *La Real Academia Española*, asegura en esta historia de la institución que las campañas de prensa a favor de la lexicógrafa fueron «llamativas, intensas y tenaces». Sorprendieron y quizás molestaron a algunos miembros de la Corporación que habían optado por otros candidatos. Ciertamente, no es que hubiera un rechazo general a Moliner. Solo Cela, obligado a definirse por su amigo Rafael Lapesa, fiel defensor de la candidata, admitió que no la votaría por su «ñoño criterio lexicográfico». Aludía así el autor de «El diccionario secreto» al reparo de Moliner a introducir palabras malsonantes en el DUE. En cualquier caso Cela prefería a Emilio Alarcos Llorach como candidato de consenso, el aspirante que finalmente salió elegido. Zamora Vicente también apoyó a Alarcos, a pesar de profesar una vaga simpatía por María Moliner. No en vano asistió a la presentación del DUE en Gredos en 1966. Pero una cosa era admirar su dedicación y otra apoyarla frente a otros aspirantes mejor valorados.

El retrato que hace Zamora en *La Real Academia Española* de los méritos de María Moliner como candidata es elocuente:

«María Moliner era bibliotecaria (cuidó muchos años la biblioteca del Museo de Ciencias Naturales y Escuela de Ingenieros Industriales) y había escrito un *Diccionario de Uso del español* de gran riqueza y novedoso en sus estructuras internas. Su forma de detenerse en el área social del léxico, y cierta originalidad en su disposición, convirtieron ese Diccionario en arma de trabajo casi universalmente acatada (a pesar de que se basase en el Diccionario académico y de que el contenido gramatical hubiese sido vigilado por otras manos). El torbellino desatado en prensa, radio, televisión, artículos de todo tipo, fue abrumador. Algo que no casaba con las finas cualidades personales de la candidata, tenaz, trabajadora, de una modestia y recato ejemplares, verdaderamente enamorada de su trabajo».

Una visión entre paternalista y condescendiente no exenta de tópicos: estudiosa, discreta y trabajadora, pero sin el brillo atribuido a Alarcos. Zamora relata incluso que Moliner estaba casada «con un catedrático de Física de la Universidad de Salamanca, Fernando Ramón Ferrando, antes en la de Valencia, donde sufrió aquellas estúpidas sanciones posteriores a la Guerra Civil», como si el dato importara para entrar en la RAE. No obstante, nada explica sobre la depuración sufrida por la propia lexicógrafa ni la relevancia que adquirió en el campo bibliotecario en el periodo de la Segunda República.

María Moliner, desde luego, tenía mejores valedores en la RAE. Aunque no siempre lo admitieran, muchos académicos consultaban el DUE. Algunos incluso lo habían analizado a fondo. En un artículo de 1969, titulado *Una obra monumental*, Emilio Lorenzo escribió que la lexicógrafa había dedicado «probablemente más atención que nadie antes de ella al estudio de nuestra lengua». Y agregó que su «inestimable servicio» al español sería «la mejor ejecutoria para merecer ese primer sillón académico que alguna vez ocupará una mujer». El académico señalaba incluso que, por añadidura, Moliner «acomete y corona airoosamente la empresa de presentar una gramática del uso moderno del español». La mención a su aportación gramatical acota qué papel jugaron los diferentes profesionales que la editorial Gredos puso al servicio del DUE durante su laboriosa edición. En el proceso de llevar a la imprenta el Diccionario, Dámaso Alonso decidió contar con dos lectoras cualificadas, la filóloga María Josefa Canellada y la bibliotecaria Amalia Sarriá, que hicieron observaciones de interés, además de correctores y linotipistas, como Alberto Collantes. Aunque la directora de orquesta de aquella obra monumental fue sin duda María Moliner.

El 11 de noviembre de 1972, Carmen Conde reflejó en su diario su disgusto por el resultado de las votaciones. «La Real Academia no aceptó a María Moliner ¡¡claro!! y prefirió (...) a un profesor. Es un asco de misoginia y putrefacción». Este comentario, «prefirió a un profesor», muestra indirectamente que, para la poeta, Alarcos era un desconocido, a pesar de su prestigio y sus avanzadas teorías lingüísticas. Fuera de la institución la elección resultaba incomprensible. Hipólito Escolar recogió en

Figura 3.—María Moliner acompañada de sus nietos (cortesía de la autora y la familia Moliner).



sus memorias la paradoja de que la RAE no se sintiera interpelada por el valor del DUE y la relevancia de su autora, a pesar de ser «la institución más favorecida por la aparición de la obra».

María Moliner, sin duda, se sintió reconocida ya desde el momento en que La-pesa y Laín fueron a verla a su casa para convencerla de que se presentase. Haber ingresado en la docta Casa como autora del DUE habría supuesto para ella un valor añadido, un refrendo a su obra filológica. Pero no peleó a fondo por ello. Al menos no con la vehemencia y seguridad con que solicitaba los destinos que deseaba cuando era joven. Ese ímpetu había pasado. Aunque no la fe en su obra. Tal vez porque la RAE no constituía su principal campo de batalla. En parte porque era consciente de que el ambiente no le era propicio. No es creíble que una mujer tan concienzuda y puntillosa temiera afrontar el discurso de ingreso. No obstante, en su carta de presentación a los académicos pecó de discreta. Era la primera mujer que podía entrar en aquel cenáculo masculino y tal vez creyó que la humildad era el camino. O quizás no le compensase en ese momento tal esfuerzo, de ahí su ambigua —e irónica— frase quitando importancia a no haber entrado. Qué iba a hacer allí ella que se había pasado media vida zurciendo calcetines, argumentó. Es posible que la enfermedad de su marido y su propio desgaste físico frenaran sus aspiraciones, además del peso de todas las decepciones pasadas. Había sido depurada y proscrita. Y había vuelto a resucitar. Pero ¿iba a abandonar su comfortable aislamiento por los focos de la RAE? Si la hubieran elegido, lo habría asumido. Pero cuando supo que no entraba, pensó que, al menos, la algarabía había pasado. Así tendría más tiempo para preparar la segunda edición.

En una carta del 20 de noviembre de 1972 dirigida a su hijo Fernando y a su familia, entonces en Londres, Moliner hizo un balance de todo lo acontecido:

«Queridos, queridos nuestros: por fin os llega a los de la familia el escribiros. He estado todos estos días contestando cartas de amigos o conocidos más o menos lejanos: personas que han renovado el contacto con nosotros gracias a la estrepitosa publicidad que me ha rodeado estos días (...) La polvareda ha pasado y, por fin, recobro la tranquilidad; la recobro: porque aunque yo tomaba como un deporte todo el trajín de visitas y la escritura de cartas y estaba satisfecha de ver el buen temple con que lo llevaba, el cansancio se ha hecho sentir por fin.

Después de todo, ha sido una experiencia divertida. Bien sabe Dios que yo no había pensado nunca mientras escribí el Diccionario en tal honor. Y, ahora, nunca pensé seriamente que la Academia me eligiera a mí. Y como, por otro lado, me daba miedo que lo hicieran, porque mi salud no me hubiera permitido contribuir con mi trabajo a las tareas de la Academia, como esperaban de mí, el desenlace ha sido el mejor que la cosa podía tener.

No hubiera podido pensar en mi vida tal popularidad para mí... ¡Venga y venga artículos y fotografías en los periódicos de Madrid y de provincias...! Vengan peticiones de entrevistas a las que me he negado... y me sigo negando...

Naturalmente, la explicación está en que el aburrimiento general de la gente de pluma en esta nuestra bendita España, se agarraban como un clavo ardiendo al bonito tema de

la señora recoleta que había hecho un diccionario que es el que usan los académicos. En fin... ya pasó todo y yo he recobrado mi quietud y mi tranquilidad... ¡Y a vivir!».

Pedro Laín y Rafael Lapesa trataron de remediar el descalabro invitándola una vez más a presentarse ante una nueva vacante, pero la lexicógrafa declinó la oferta. Estaba de nuevo sumida en las correcciones de la segunda edición. «En un diccionario no se puede dejar de trabajar. (...) Ya tengo una gran colección de adiciones», reconoció en 1972. Si no me muriera, seguiría siempre, siempre, haciendo adiciones al Diccionario», confesó. Estaba metida de nuevo en el laberinto de las palabras, tratando de ampliar su Diccionario. No hay documentos que acrediten hasta qué punto quería renovarlo. Santiago Castelo le preguntó en una entrevista por las novedades que iba a incorporar y Moliner aseguró: «Varias de índole idiomático y algunas correcciones de erratas». Admitió, además, que pensaba introducir tacos o algunas palabras malsonantes que no incluyó en la primera edición. Así, le dice a Castelo:

«Por principio, quizás porque empecé a hacer el diccionario hace veinte años y entonces las cosas se veían de distinta manera, eliminé ciertas palabrotas, especialmente groseras y obscenas. Se me ha criticado mucho, especialmente por amigos. (...) Quizás en la próxima edición me decida a meter algunas de las palabras malsonantes que hoy día usan las damas y sobre todo las damiselas. Ya veremos».

La lexicógrafa abandonó la revisión en torno a 1975. Sufrió pérdidas de memoria y, aunque ya había corregido el primer tomo y el inicio del segundo, no pudo concluir su tarea. Una tarde del verano del 73 se desvaneció en su casa de vacaciones, en la Poble de Mont-roig (Tarragona) y no se recuperó hasta el día siguiente. De vuelta a Madrid trató de seguir su vida normal, pero su salud se resintió.

Tras el verano del 74, María Moliner ya no volvió a la casa de La Poble, aquel paraíso que tanto amaba. Su marido falleció el 4 de septiembre de ese año y ese hecho marcó su propio declive. Ya no le bastaba el Diccionario. Sus recuerdos empezaban a naufragar. Olvidaba incluso las palabras que ella misma había definido de nuevo cuño. El diagnóstico era arterioesclerosis. Entraba en el reino del Alzheimer.

A raíz de su enfermedad, su hijo Pedro, catedrático de Mecánica y director de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona, donde residía con su familia, se hizo cargo de la gestión del Diccionario en representación de su madre. Los hijos, de común acuerdo, habían pactado el reparto de bienes e inmuebles y a Pedro, mejor relacionado entonces con el mundo editorial, se le adjudicó el DUE. Segundo Álvarez, el corrector de Gredos que había ayudado a Moliner a pasar a limpio las anotaciones que la autora había hecho en el primer tomo y el comienzo del segundo, continuó su misma labor. De su testimonio y el de los editores que entonces estaban al frente de Gredos se desprende que María Moliner había consentido volver al orden alfabético tradicional en la segunda edición, aunque no quedan galeradas de la época ni documentación que lo acredite. De todos modos, Pedro Ramón Moliner corroboró que se volviera al orden alfabético en aras de la agilidad, ya que el sistema

mixto creado por su madre (doble orden alfabético y por familias de palabras) había suscitado tantos elogios como críticas.

Finalmente, la segunda edición se publicó en 1998. Tanto ésta como las posteriores, suponen una formidable actualización de vocablos y definiciones, aunque la parte gramatical y organizativa hayan sido aligeradas. Se trata de un nuevo *María Moliner* que mantiene vivo en buena parte el espíritu de la autora, pero no contiene ya su primitivo prólogo y algunas aportaciones inequívocas.

A raíz de su publicación, en 1998, el segundo hijo de Moliner, Fernando, demandó a la editorial por traicionar la obra de su madre. Sin embargo, los tribunales fallaron a favor de Gredos (posteriormente comprada por RBA) y las ediciones impresas y digitales, actualizadas por un equipo de filólogos, siguen multiplicándose.

Los últimos meses de vida de la autora, ajena ya al devenir de su obra, transcurrieron tranquilos, paseando en la galería de su casa, junto a sus geranios, calas y rosas amarillas, las flores que tanto le gustaban. Había dejado ya de cultivar flores y palabras y se limitaba a mirar sus plantas. Ni siquiera fue del todo consciente de la llegada de la democracia tras la muerte de Franco, un hecho que para ella suponía, cuando menos, una victoria moral.

María Moliner falleció el 21 de enero de 1981. En el homenaje que le hicieron en la Biblioteca Nacional a su muerte, Javier Tusell, en representación del ministerio de Cultura, reconoció la injusticia de haber depurado a la autora del DUE, un error del pasado que calificó de suicidio cultural. Consuelo Gutiérrez del Arroyo, bibliotecaria y amiga de Moliner, recordó el día en que coincidió con ella en la Institución Libre de Enseñanza y terminó diciendo que su vida era la de una heroína. Quizás en el sentido de que supo ambicionar lo extraordinario y bordear lo excepcional con la sencillez de los pequeños héroes.

